

Precios de suscripción

EN SAN SEBASTIAN
3 meses, 4 pesetas; 6 meses, 12; un año, 24
EN PROVINCIAS
3 meses, 5 pesetas; 6 meses, 14; un año, 36
EN EL EXTRANJERO
3 meses, 15 pesetas; 6 meses, 25; un año, 50

La Voz de Guipúzcoa

Quinta Edición

Tarifa de publicidad

En primera plana dos pesetas línea.
En noticias, una peseta línea.
En generales, sesenta céntimos línea.
Planes enteros y medias planas, artículos, comunicados y anuncios oficiales precios convencionales.

TELÉFONO URBANO: 9-24.
TELÉFONO INTERURBANO: 9-89.

Redacción, Administración y Talleres: San Marcial, 10

APARTADO DE CORREOS: núm. 44.
DIRECCION TELEGRAFICA: «VOZ».

CHARLAS

Al salir, ayer de madrugada, de nuestro locutorio telefónico, un compañero nos dijo: «Si este «ukase» lo dictan en Rusia en tiempo de los zares, protesta toda la opinión liberal del mundo!»

Y no vayan ustedes a creer que se refería a ninguna de esas «suaves» órdenes que están lanzando Lenin y compañía y que dejan atrás a todas las atrocidades que pudieron cometer los zares, sino a esa especie de «ruego amistoso» que ha hecho Trepoff Almunia a la prensa de una nación que está encasillada entre los «pueblos libres».

Ya lo leerían, y seguramente lo comentarían, nuestros lectores. Nada de comunicaciones, ni apercibimientos, ni multas a la primera infracción: eso sería indigno de la entereza de una autoridad de tan sólido y firme prestigio. A la primera infracción, en cuanto un periódico cump-la con su deber de servir a su público las noticias interesantes que sus repór-teres adquieren, relacionadas con el asesinato del señor Dato, ¡suspensión del periódico!

Esto que se hace con la prensa es una verdadera ingratitud. ¡Después de los «bombos» que se les ha dado a los polic-ías, unas veces solicitados y otras espontáneos!

Bueno, y ¿qué van a hacer los polic-ías careciendo de sus mejores auxiliares? ¿Van a dedicarse a poner a la disposición de los jueces todos los asesinos que andan por ahí sueltos, desde el de la Vi-centa Verdier hasta los de nuestros días? ¿Van a ver si pueden atrapar al sindicia-lieta Mencia, el que hace un par de me-ces mató a un obrero en Tolosa y no se ha vuelto a saber de él? ¿O es que se van a dedicar a la busca y captura de aque-llos dos sindicalistas que a las tres de la tarde mataron en Vitoria a un muchacho de quince años y se esfumarón?

Lo único que encontramos de eficaz en ese «ukase» leninista es que así no po-drían los periódicos reproducir manifes-taciones como las que días pasados hizo el gobernador civil de Zaragoza, diciendo

misterio que yo descubriese... ¡Pobre Ra-faela!

El magistrado se fué sin que Luciano levantara la cabeza.

La puerta se cerró tras el fiscal con el lúgubre rechinar de las puertas de las cárceles; pero el prisionero no hizo movimiento alguno. Se habría dicho que se había transformado en una estatua.

Más tarde fué el carcelero a llevarle la comida y Luciano seguía en la misma po-sición.

El carcelero le dirigió la palabra; pero Luciano no contestó. En vista de esto, le preparó en silencio la comida encima de la mesa y luego salió sin que Santarosa se apercibiese, sin que mostrara penca-tar se siquiera de su presencia.

XII

Quando la condesa Leonía llegó a su casa, hubo de hacer llevar a su hija en brazos por haberse desvanecido durante el trayecto.

La pobre madre que estaba abatidí-sima, no se tranquilizó hasta que tuvo a Rafaela en la cama y la vió pronta a re-cobrar los sentidos.

Se dió inmediato conocimiento de lo que ocurría a Pablo Valeri, quien se di-rigió en seguida al lado de su hija, y,

DECEPCION



—Ya lo sabes: hoy pasas al primer banco.
—Muchas gracias, señor maestro. ¿Es que me ha sabido muy bien la lección?
—No. Es que están pintando el último.

(Dibujo de MARTIN).

que no estaba dispuesto a consentir que la policía de Madrid se atribuyese la gloria de la captura de Mateu, pues ésta «se la había dado hecha» la policía de Zaragoza, que por compañerismo no ha-bía querido ser ella quien la hiciese, de-jando el servicio a sus colegas de Ma-drid... ¡que se lo pagaron con una negra ingratitud!

Lo que acaba de hacer el señor direc-tor general de Seguridad con la prensa hace más daño a España fuera de nues-tras fronteras que todas las predicacio-

nes de los sindicalistas. ¡Ni adrede se hace mejor... para éstos! ¿Cómo no van a crear las organizaciones extranjeras cuando éstos de aquí les cuenten sus exageraciones respecto a la forma en que se les persigue, si ven que por una cosa tan sencilla como es una información pe-riodística se amordaza a la prensa y se la amenaza con la suspensión?

¡Dios oiga a los que quiere perder! Y el señor Torres Almunia, a quien hasta este ruidosísimo fracaso como jefe má-ximo de la policía se le tenía por una

¡NUEVAS GANGAS AL PÚBLICO!!

Acabamos de adquirir procedente de la quiebra de un afamado ACAPARADOR, una importante remesa de géneros ingleses para caballero y señora, que comprenden PAÑOS, GABARDINAS, SARGA, FORRERIA Y OTROS ARTICULOS, que por haber-los obtenido a precios ventajosos los ofrecemos al público como verdaderas gangas.

Garantizamos con márchamo y factura la procedencia inglesa de nuestras mercancías.

EXPOSICION Y VFNTA: ISABEL LA CATOLICA, núm. 9.—TELEFONO núm. 18-89

como Leonía, se fijó cuidadosamente en el respirar de Rafaela y en su lento des-pertar.

Llamóse al médico inmediatamente. Este acudió en seguida y se mostró tur-bado e intranquilo al ver a la joven en aquel estado; su mano, muy firme por lo común, tembló al tomar el pulso de Ra-faela.

No quiso, sin embargo, asustar a la con-desa, y ordenó una poción que la enferma había de tomar a cucharadas; dijo que se dejara a ésta en absoluta tranquilidad y que no se la permitiese hablar, ofrecien-do volver ya anochecido para examinar de nuevo a la pobre criatura.

La condesa de Roccabruna y su marido no se movieron de la cabecera de la en-ferma. De cuando en cuando la pobre ma-dre acercaba su rostro al de su hija y la acariciaba y besaba dulcemente.

Rafaela tenía abiertos los ojos, pero le dolía tanto la cabeza, que ni moverla po-día.

Se sentía sumamente débil y una extra-ña apatía apoderóse de ella, tanto, que apenas distinguía a las personas que la rodeaban y ni sentía los besos de su ma-dre.

Al atardecer entró la doncella sigilosamente, anunciando que Amalia deseaba ver a Rafaela.

—¡Tré a re ibirifa yo—murmuró Leonía, encargando con una mirada a su marido, el cuidado de la hija, que nada había oído.

La condesa de Roccabruna salió de pun-tillas del aposento.

Amalia esperaba en el salón contiguo. Apenas vió a la condesa corrió a su en-cuentro, cogiéndole las manos con efu-sión.

—¿Dígame si es cierto—preguntó con dulce y turbado acento—que Rafaela está mala?...

Leonía inclinó la cabeza para ocultar las lágrimas que inundaban sus ojos.

Y sintió que un brazo ceñía su cuello, que otro rostro tocaba el suyo, y que en las mejillas de ambos se confundían las lágrimas. Era Amalia que la abrazaba, susurrándole:

—Animo... no será nada.

Leonía llevó a la joven a la otomana y la tuvo abrazada durante un momento, llorando silenciosamente.

—Espero que no habrá venido a molestarla...—dijo Amalia en voz baja.

—Al contrario, amiga mía; me ha hecho usted un gran bien; este desahogo me ha aliviado; sí, yo hago mal en de-jarme abatir de esta manera; el médico ha dicho que no será nada...

—Y yo lo creo también así; pero ayer Rafaela estaba bastante bien...—dijo Ama-lia.—¿Qué es lo que le ha ocurrido de grave hoy?

—A usted no se lo ocultaré, amiga mía—dijo con dulzura Leonía, refiriendo quan-to había sucedido.

Amalia, al oír que su amiga se acusa-ba, con la esperanza de salvar a Luciano,

persona de vasta ilustración y dotada de las condiciones necesarias para ocupar un cargo de tanta importancia, se va a tener que ir de él, no descendiendo pau-sadamente desde su pedestal, sino dándo-se un batacazo que lo inutilice para ulteriores empresas.

G.

San Sebastián

hace treinta años

18 DE MARZO.

—A la Audiencia provincial, situada en la calle de Puyuelo, acudió numeroso pú-blico para presenciar la vista de una cau-sa muy interesante: un robo cometido en una taberna de Mondragón. El Tribunal lo forman los magistrados señores Chu-rrueta, Oñeca y Besson. El ministerio fis-cal lo representaba el señor Urbina, y defendía a los acusados, que eran cuatro, el letrado señor Avecilla.

—Fallece don Gil Larrauri y Azcue, ex alcaide de San Sebastián.

Con objeto de no recibir la corres-pondencia retrasada, rogamos « quan-tos nos escriban que no olviden ha-cer constar en la dirección:

APARTADO DE CORREOS NUMERO 44

Cámara de Comercio

Por R. O. de 4 del mes actual dictada por el Ministerio de Hacienda, se ha dis-puesto la supresión de los vendís de cir-culación a que se refieren las de 5 de Abril y 18 de Julio de 1917, para las sus-tancias alimenticias; resolución que dá satisfacción plena a una solicitud hecha recientemente en tal sentido al expresa-do Centro Superior, por la Cámara de Co-mercio de esta Provincia, en vista de las dificultades que aquél requisito repre-sentaba para el comercio, y de que se es-timaba que por las circunstancias ha-bían ya desaparecido las razones que quizás aconsejaron en su día la adopción de esta medida, restrictiva de la libertad de tránsito de mercancías.

se sonrojó vivamente y sintió que pené-traba en su alma un vivo remordimiento.

—¿El señor Libarito—preguntó,— ha quedado persuadido de cuánto le ha di-cho Rafaela?

—No...—murmuró Leonía,—porque de haber sido verdad que Luciano había pasado aquellas horas con su prometida, el hecho no habría sido tan grave que im-pusiera silencio a Santarosa. Sin embar-go, el señor Libarito ha prometido que hoy mismo visitará a Luciano... de mane-ra, que

La conde-a se interrumpió, porque en-tra un doméstico con una carta.

—De parte del señor Libarito—lejo en-tregándole a la condesa Leonía que la cogió precipitadamente, mientras Amalia palidecía como un cadáver.

—¿No hay contestación?— preguntó Leonía.

—No, señora.

—Pues, puede usted retirarse. El doméstico se inclinó y salió mientras Leonía rasgando el sobre, leía febrilmen-te la carta.

«Se fiora condesa:

«El señor de Santarosa se condena a sí mismo; niega haber pasado aquellas dos horas con su hija y persiste en no ha-blar, con todo y haberle dicho que su si-lencio costaría la vida a su prometida. Ya ve usted, pues, que ante obstinación semejante, todo medio para intentar sal-